

LA COSTA MEDITERRANEA DE MÁLAGA A ALMERÍA

R- 3681



ESTUDIOS GEOGRAFICOS

UNIVERSIDAD DE GRANADA
ESCUELA UNIVERSITARIA DE ESTUDIOS
R. P. MÁLAGA
ALMERÍA
N.º Registro: 1
BIBLIOTECA - ENTRADA



REVISTA EDITADA POR EL
INSTITUTO "JUAN SEBASTIAN ELCANO"

NUM. 10 • MADRID, FEBRERO 1943 • AÑO IV

LA COSTA MEDITERRANEA ANDALUZA DE MÁLAGA A ALMERÍA

POR
JEAN SERMET

En un periódico malagueño leímos una vez la frase siguiente: "De Málaga a Almería hemos recorrido la Costa del Sol, al amor del mar." Sin querer, ni saberlo, el periodista había sintetizado en una frase los caracteres geográficos de la costa andaluza del Mediterráneo; pero de sus palabras, la primera mitad tiene mucha más importancia que la segunda, pues del análisis morfológico y humano de esta costa se deduce que es mucho más terrestre que marítima.

ASPECTOS MORFOLÓGICOS

Desde Almería hasta Málaga una cordillera casi continua de elevadas sierras cae sobre el mar: Sierras de Gádor, Contraviesa, de Lújar, Almirajara, y luego, el macizo del Bético de Málaga. En muchos sitios la caída es directa, desde los 1.000 metros, hasta las olas. De esto se pudiera deducir que la costa andaluza es una costa montañosa, y, por lo tanto, morfológicamente joven. Pero, en realidad, si bien hay secciones jóvenes, en su conjunto la costa andaluza presenta señales de evolución hacia la madurez. Efectivamente; se encuentran porciones del litoral donde el mar no ha podido aún atacar las rocas de la costa: de Castell de Ferro al cabo Sacratif, de Almuñécar a Nerja las rocas paleozoicas o cris-

ma dureza que buzan hacia el mar; con estas calizas las olas y talinas están recubiertas de capas de caliza marmórea de tormentas no han podido, y el mar no hace más que elevarse contra ellas. El dibujo del litoral viene, pues, de los festones de la misma caliza, la cual está plegada; se reconocen que los cabos corresponden a anticlinales y las bahías a synclinales, siendo el mejor ejemplo el de las Puntas de los Gigantes y de la Mona, que encierran la bahía de La Herradura. Son éstas, pues, formas de costa estructural. Pero fuera de esas secciones, el litoral andaluz presenta ya señales de evolución. Así acontece con los acantilados de la "Cornisa Almeriense" de Almería a Aguadulce, que retroceden ante los ataques del mar; asimismo, las porciones paleozoicas de la costa de Nerja a Málaga presentan acantilados bajos, con plataformas de abrasión y cintas de playas; y a lo largo de la Contraviesa y de las Guájaras, al pie de los formidables acantilados vivos, que dan aspecto de Costa Brava, se extienden ya las aluviones, que proceden de los numerosos barrancos que de las Alpujarras se lanzan al mar. Ya no se puede hablar de costa joven: su juventud ya ha terminado. Además, en muchos otros sitios se notan fenómenos de relleno que dan a la costa aspecto senil, o al menos de madurez avanzada. Este relleno puede provenir del mar: el mar, levantado por los temporales de Levante y de Poniente, ataca la costa; por ejemplo, a La Rábita; los materiales sacados de la costa son llevados por una corriente costera W.-E., que en menos de veinte años ha construído contra el muelle del puerto de Adra una playa de dimensiones imponentes; así se puede explicar la formación de los llanos esteparios de Carchuna en Calahonda, según se deduce de mapas marinos del siglo XVIII en el Museo Naval de Madrid; de igual manera se debe a la acción del mar el lido arenoso de gran espesor que circula a lo largo del llano de los Campos de Dalías, de Guardas Viejas a Roquetas, aislando del mar unas depresiones donde se

han establecido salinas. El relleno de la costa puede también ser debido a la acumulación fluvial: hay puntas deltaicas sencillas de los conos de deyecciones de La Rábida, de La Mamola, de Torrox; en Castell de Ferro, Almuñécar, Torre del Mar, en la desembocadura de los ríos, se encuentran islas alargadas que han facilitado desde hace tiempo la formación de vegas aluviales de gran riqueza y ya estabilizadas. En cuanto a los deltas grandes, los del Guadalfeo, en Motril-Salobreña, y del río de Adra, en Adra, su formación continúa mediante la aportación ingente de materiales sacados de las altísimas sierras que les dan origen; los mapas del siglo XVIII, comparados a los actuales, hacen comprobar el aislamiento del mar del peñón de Salobreña, la destrucción del puerto fenicio de Adra y la creación de una Albufera al E. de Adra. En ningún otro sitio es más visible el relleno del litoral andaluz. El mar y los ríos pueden colaborar para envejecer la costa: en los 50 kilómetros de la costa del Bético de Málaga se extiende una amplia faja de playas debidas a la corriente marina, que lleva de W. a E. los acarreo de los conos de deyecciones de un sinnúmero de arroyos que surcan las rocas antiguas; así se han soldado uno a otro todos estos conos, y la regularización del litoral se ha llevado a cabo.

Resumiendo estos aspectos del litoral andaluz se ve claramente la importancia del rellenamiento. Esta costa montañosa presenta acantilados usados, plataformas de abrasión, playas, deltas, y en 150 kilómetros (sobre 200), una faja casi continua de arenas que impide al mar tocar a las rocas del litoral. Este, pues, presenta una línea en general convexa y abombada, ya regularizada; espectáculo paradójico cuando se piensa que inmediatamente detrás de la línea costera se yerguen sierras de 1.200 a 1.800 metros. La explicación la encontramos en el hecho de que el mar se va alejando de la costa a causa de un leve movimiento de emersión.

MOVIMIENTO DE EMERSIÓN

De este levantamiento reciente de la costa hay pruebas históricas y morfológicas.

Históricamente se sabe que el mar se ha retirado de Málaga, según testimonio del célebre viaje de A. Ponz (1794). Asimismo se ha comprobado que el mar se adentraba bastante lejos en la vega de Almuñécar, pues allí se encontró un barco romano completo. Sabemos también por Plinio el Antiguo que en tiempos romanos el río de Vélez-Málaga era navegable. La creación y aumento de las vegas litorales, tan rápida en el siglo XVIII, parece también debe atribuirse a un levantamiento costero. Claro está es difícil separar lo que puede ser debido a un movimiento egeirogénico y lo que resulta de las oportaciones torrenciales.

Pero la morfología viene a levantar dudas. En Nerja, Torre del Mar y Almuñécar se notan escollos llanos, emergidos un metro, que son restos de plataformas de abrasión hoy fuera del alcance de las olas. Ensenadas también existen donde a tres o cuatro metros hay acumulaciones de cantos marinos. Pruebas de emersión dan también las playas rectilíneas de Almuñécar y La Herradura, donde las curvas de nivel son verdaderas isobathas emergidas. La amplitud del movimiento sería de un metro y la edad pudiera no ser más antigua que la Edad Media, pues los testimonios antiguos y las minas de Tono y San Pedro Alcántara, en el mismo borde del litoral, parecen indicar para los tiempos romanos un régimen más bien de submersión.

Parece comprobarse, pues, la existencia de movimientos leves de emersión e inmersión en los tiempos históricos. Acaso estos movimientos pudieran ser de origen eustático, a causa de su regularidad, y, sobre todo, de su universalidad. En efecto; se conocen en distintos sitios del Mediterráneo movimientos semejantes: DE-

NIZOT señala en Provenza un nivel de 1 a 1,5 metros. Recientemente J. BOURCART ha reconocido en la costa de Albania una emersión actual; en Toscana, las Maremmes se han formado en la Edad Media, etc... La emersión de la costa andaluza no es, pues, un hecho aislado; y de todas formas, no es más que la prolongación de una emersión continua a todo lo largo del terciario y del cuaternario.

ANTIGUOS NIVELES LITORALES

Desde hace tiempo los geólogos han reconocido en la costa andaluza depósitos marinos del terciario que se encuentran hoy a alturas bastante grandes sobre el nivel del mar. Clásicos son los trabajos de FALLOT y SIGNOUX en la zona de Almería sobre el mioceno y cuaternario antiguo levantados; los de la *Mission d'Andalousie* en 1884, que estudió el plioceno astiense de los tejares de Málaga, que alcanza 140 metros, y los de MALLADA, que en Vélez-Málaga señala el plioceno marino hasta 300 metros (plegado, es verdad, por ondulaciones post-astienses como el de Argelia). Una emersión de la costa desde el plioceno es, pues, indudable.

Pudiéramos tal vez indicar que la emersión es más antigua, miocénica. En la Hoya de Málaga existen tres manchones de mioceno (burdigaliense-helveciense) de capas horizontales, las mesas de Villaverde (660 m.), Alora (560 m.), Pizarra (450 m.), restos de un antiguo brazo de mar que enlazaba el estrecho Norte-Bético con el Mediterráneo mioceno, que en tal caso hubiera llegado hasta Málaga (lo cual no daría al supuesto macizo bético-rifeño más que una extensión muy reducida). El levantamiento post-miocénico de la Hoya de Málaga está fuera de duda. Pero es posible que también se encuentren manchones aislados de mioceno marino levantado en la misma costa: he encontrado encima de los Campos de Dalías, a la entrada del barranco de Vicar, unas me-

sas elevadas a los 450 metros y formadas de depósitos marinos muy fosilíferos; el examen de los fósiles no pudo decidir si la edad de las mesas de Vicar es miocena o pliocena, pero la gran altura hace pensar más bien en el mioceno. Así, desde el mioceno, el mar ha bajado 500 metros (por término medio) en los flancos de las montañas andaluzas.

En el cuaternario he podido reconocer algunos de los niveles clásicos del Mediterráneo. Los niveles de 100 y 60 metros se encuentran en los Campos de Dalías, en su extremo occidental, tocando a la Vega de Adra; existe también cerca de Adra, al oeste del puerto, una terraza arrasada y cubierta de cantos marinos a la altura de 18 metros. En la región malagueña los niveles son más dudosos: el nivel 100 metros parece cortar las capas pliocenas levantadas de Torre del Mar y extenderse sobre los montes paleozoicos y sedimentarios al este del Gibralfaro de Málaga hasta El Palo; tal vez existen también en la vertiente costera del Bético huellas de los niveles 50, 30 y 20 metros; pero abarrancados por la erosión de los arroyos y torrentes, no ofrecen siempre señales de absoluta autenticidad.

Es bastante curioso indicar una laguna de los depósitos cuaternarios, sobre todo del Cuaternario Antiguo. De esta edad se encuentran solamente depósitos continentales de color rojizo, bien conocidos en Málaga, y que se encuentran también en Adra. Pueden ser muestra de la fase de regresión marina, que por otra parte indican los niveles levantados. En el Cuaternario reciente parece que se reconoce también otra regresión, correspondiente tal vez al nivel de 30-35 metros, y que ha dado conos de deyecciones muy antiguos en Nerja, Torrox y Adra, ya fosilizados por una espesa toba subaérea muy dura; la edad tyrrheniense de estos conos se deduciría del hecho que se han encontrado conchas de *Strombus Bubonius* y de que el cono de Nerja aisla un fragmento



de playa levantada de 45-50 metros. No se puede, sin embargo, dar en este punto una conclusión definitiva.

Otros puntos curiosos y de gran interés morfológico son la terraza poligénica tallada en el cerro jurásico de El Cantal, cerca de Málaga, y sobre todo el Turbal de Roquetas, cerca de Almería. Este último, explotado en la guerra 1914-18, indica movimientos importantes del Cuaternario reciente, postmonastirienses, pues la turba no puede formarse sino en aguas dulces, lo cual forzosamente implica una regresión del mar muy grande, seguida de un movimiento positivo (estando el turbal al nivel actual del mar).

En resumen: la costa andaluza presenta desde el mioceno señales permanentes de emersión.

CONSIDERACIONES GENERALES

Tenemos que confrontar los resultados adquiridos por la morfología con las ideas corrientes. Desde hace tiempo se ha venido diciendo que la costa andaluza era costa de hundimiento. Se daba como prueba sus acantilados, la estrechez de los llanos litorales, la sismicidad acentuada (terremoto de 1884), el volcanismo del Cabo de Gata, las grandes profundidades del mar de Alborán. Hemos visto, sin embargo, que la morfología señala no un hundimiento, sino una emersión.

Se pudiera conciliar los dos puntos de vista diciendo que la emersión se ha producido después de una falla que hubiera dejado hundirse el mar de Alborán. Tenemos entonces que buscar si se reconocen señales morfológicas de costa fallada. Pero, a más de otras consideraciones, falta un elemento esencial: la costa no es completamente rectilínea, como debiera serlo la que resultaría de la evolución de un frente de falla; en varios sitios se reconocen claramente anticlinales y sinclinales en los cabos y bahías de las capas calizas. ¡Es más! Es probable que trozos importantes de la



costa presentan hoy bahías y cabos cuyo dibujo general está heredado de una antigua capa caliza plegada, hoy en gran parte destruída por la erosión, pero cuyos restos se reconocen todavía entre Almuñécar y Salobreña, y tal vez cerca de Castell de Ferro. En numerosos sitios, pues, la costa ha debido ser una costa estructural plegada, lo cual impide que haya sido costa de falla.

Además, la existencia de depósitos neogenos, pliocenos y tal vez miocenos prueba que la costa debe su dibujo a los movimientos orogénicos del Terciario. Los plegamientos alpinos hacen de las sierras Gádor, Contraviesa, Lújar, Almirajara, etc., unos gigantes anticlinoria, cuyos vertientes buzan estructuralmente hacia el mar. LUCAS NAVARRO había ya indicado la diferencia entre la costa andaluza, paralela a sus sierras, y la costa levantina, transversal a las suyas. Podemos, pues, ver en la costa andaluza una costa normal de montaña alpina. Es la costa de una montaña que cae al mar y que se establece paralela a los vertientes de los pliegues anticlinales.

Lo cual cuadra perfectamente con la emersión generalizada. Por sus plegamientos, la montaña alpina ha salido poco a poco del fondo del mar. Tenemos en ella un ejemplo de plegamientos surgidos de un geosinclinal. El volcanismo reciente, la sismicidad actual indican que el movimiento de emersión todavía dura. Los sondeos indican además cadenas submarinas no lejos del litoral, entre Adra y Motril. Esta emersión se opone a la idea antigua de hundimientos y va en contra de la hipótesis que hace de Andalucía la Atlántida (puesto que en la leyenda de la Atlántida existe el hecho indudable de hundimiento).

¿Puede relacionarse esta emersión con los movimientos eustáticos del mar? La correspondencia de niveles con los clásicos del Mediterráneo pudiera hacerlo pensar. Pero hay secciones de la costa donde no se encuentran niveles levantados entre Nerja y Adra. Además, a las costas levantadas de Málaga sigue, al oeste

de Estepona, costas de submersión que dan el Estrecho de Gibraltar, el litoral de Cádiz, etc. Hacia el Este, si las costas de emersión se siguen hasta más allá de Alicante, en cabo San Antonio, al contrario: las costas de Baleares y del golfo de Valencia son de submersión. Más allá de Tortosa las costas catalanas son de emersión otra vez. No encontramos, pues, esta constancia de niveles que el eustatismo supondría. Al contrario; imperan las condiciones locales; es el continente el que manda en el régimen costero, no el mar. Y el continente presenta secciones: las unas hundidas, las otras emergidas. Las costas españolas del Mediterráneo están compartimentadas; asimismo, lo son las de Africa del Norte, submergidas las de Túnez, emergidas las de Argel; las deformaciones del suelo continental y no el eustatismo marino lo explican. La costa andaluza del Mediterráneo es uno de esos compartimientos, donde el continente se ha levantado. En ellas las condiciones montañosas locales han superado la influencia de las oscilaciones marinas. Ante todo, es una costa de montaña. Morfológicamente, esta costa es más terrestre que marina.

Y la misma idea se puede reconocer al analizar las condiciones de la vida humana. La actividad del hombre en este litoral está dominado por el movimiento de emersión, que parece querer alejar el mar de la tierra.

VIDA MARÍTIMA

Efectivamente; la emersión de la costa ha disminuído la importancia de la vida marítima.

Parece que en la Antigüedad ésta era más importante que hoy. Había menos rellenos marítimos o fluviales. Los puertos eran importantes. Malaca fenicia y Mainaki griega (Torre del Mar) eran rivales para la explotación de Andalucía. Había puertos profundos en los ríos, en Vélez-Málaga (testimonio de Plinio el Antiguo),

en Torre del Mar con la isla de la Luna (Avieno), en Almuñécar (galera romana encontrada en la playa, acueducto romano trayendo las aguas de la sierra a la isla de Almuñécar), en Adra (donde el puerto fenicio estaba en el Cerro de Monte Cristo, ya muy adentro de la vega), en Purchena (antecesor de Almería). En San Pedro Alcántara se han encontrado restos de Garum—salsa de pescado muy apreciada de los ricos romanos—, que indican una pesca muy activa. Esta vida marítima parece que continuó en la Edad Media. Los moros tuvieron puertos importantes en Salobreña, Almuñécar, Málaga, y sobre todo, Almería (fundado en el siglo XI), que tuvo en los siglos XI y XII una gran actividad comercial y militar: de allí salían barcos que transportaban pasajeros en todo el Mediterráneo.

Hoy día la vida marítima no presenta tal intensidad. Debemos poner aparte el caso de los puertos. Almería y Málaga son puertos importantes. En la época árabe Almería era uno de los puertos principales del Mediterráneo. En el siglo XIX, gracias a sus relaciones con Africa, Francia e Inglaterra, Málaga figuraba como el segundo puerto de España. Pero Almería como Málaga son organismos que rebasan la vida regional de la costa andaluza: mandan al exterior los productos de toda la Andalucía del Mediterráneo; su actividad depende de otros factores que los costeros; de más significación para la vida de la costa serían los puertos pequeños: Motril y Adra; el movimiento de barcos, agotados ya los cargamentos de mineral, es insignificante.

Por lo tanto, la vida marítima costera se reduce a la pesca. A primera vista, la pesca aparece importante. Hay numerosos pueblos que viven de ella: La Caleta, Rincón de la Victoria, Nerja, La Herradura, Calahonda, la Rábida, Roquetas, etc... La pesca ha sido responsable del establecimiento de La Herradura, debido a pescadores italianos que vinieron a Andalucía en el siglo XVIII. En todas las playas malagueñas se ve pescar al copo. A todo lo

largo de las costas de Granada y Almería se ve de noche los focos brillantes de los barcos que pescan con la luz. No hay playa, de Almería a Málaga, que no presente sus barcos tirados en la arena, y muchas veces pintorescos con sus adornos de pintura. Puede pensarse que la pesca representa para la costa unos ingresos muy grandes. Pero respecto de eso hay dos limitaciones.

La primera es que los pescadores tienen un modo de vivir especial. Se dedican exclusivamente a la pesca. No se conoce aquí el tipo de pescador que, de vuelta a tierra, cultiva un huertecillo o busca trabajo en el pueblo, aumentando así sus ingresos. Al contrario: el pescador andaluz no conoce más que la pesca. Su vida es totalmente independiente de la del labrador o del hortelano, sus vecinos. Además, pocas veces ha tenido los capitales necesarios a la adquisición de un barco propio; es más bien empleado a bordo de un barco que pertenece a un patrón: así no percibe más que una parte de la pesca. Vive pobremente, y casi siempre en deudas. Por eso sus viviendas son las más humildes de Andalucía: chozas de caña en la arena de las playas o cuevas horadadas en la roca, que hacen tan pintoresco el barrio de pescadores de Almería, pero que denotan una pobreza casi sin remedio. Poco educados en general, los pescadores no tienen vista al porvenir, y no les es fácil mejorar su situación. Las agrupaciones de Pósitos Marítimos se preocupan de hacerles entender sus verdaderos intereses, dándoles instrucciones para escaparse de su "routine"; pero la fuerza de las costumbres se opone muchas veces a su acción. Así la pesca no resulta tan provechosa como parecía.

La segunda limitación es una consecuencia de la primera. De lo dicho sobre la poquísima vista del porvenir que tienen los pescadores, resulta que ellos explotan sus riquezas marinas sin precaución. Mientras que en Málaga se ha mantenido la pesca de copo o de arrastre, tradicional y sin peligro, en Granada y Alme-

ría se utiliza la luz. Al principio se hicieron pescas milagrosas. Almería sacó de su costa hasta dos millones de toneladas de pescado, que se exportaba por camiones en toda España. Hubo años de suma prosperidad. Pero a fuerza de hacer pasar las redes de arrastre sobre los mismos fondos y de capturar millones de peces, fueron agotando los fondos. Falta de peces y falta de algas, la costa almeriense pocos años antes de la guerra había perdido importancia pesquera.

Por culpa de sus mismos moradores, la costa andaluza tiene, pues, poca vida marítima. Pero también hay que culpar al movimiento de emersión, que ha disminuído el valor marítimo de las bahías, y ensenadas rellenas de arenas, mientras que esta misma aportación de materiales favorecía la vida terrestre.

VIDA TERRESTRE

El movimiento de emersión ha determinado una mayor actividad torrencial. Los ríos y arroyos, arrastrando rocas y tierras en las vertientes de sus barrancos, las han depositado a todo lo largo de la costa en forma de deltas y playas. Así se ha creado una faja costera de terrenos ligeros y fecundos ganada sobre el mar, y donde el hombre ha encontrado suelos fértiles y agua que han permitido una vida agrícola más activa cada día. Claro es que estas aportaciones torrenciales pueden también estar en relación con la transformación histórica de la población alpujarreña. Después de la rebelión de los moriscos en el siglo XVI, la Alpujarra fué repoblada por campesinos castellanos que, ignorando los cultivos de regadío (que eran los de los moriscos), extendieron por todas las sierras alpujarreñas, entonces cubiertas de monte bajo, los cultivos de secano. A fines del siglo XVII casi todo el monte había sido arrancado. Las tierras puestas a descubierto fueron abarrancadas por las lluvias torrenciales y bajaron a la costa. Así se explica la rápida formación de las vegas litorales a partir del si-

glo XVII. Pero también coincidió con esa circunstancia histórica una mayor actividad erosiva de los ríos, debida al movimiento de emersión.

Resulta, pues, que el territorio agrícola ha aumentado de extensión. Primero se ha ido extendiendo el secano que cubre todas las sierras costeras. En vez de las matas donde el Rey Católico cazó el lobo, se ven en las faldas litorales de la Alpujarra viñedos y terrenos de labor. Asimismo se han ido poblando los montes de Málaga y los de Almuñécar. Hace apenas medio siglo los montes de La Herradura no conocían más vida que la pastoral: en sus extensas vertientes iban rebaños de cabras y ovejas; hoy día están cubiertas de árboles frutales. La posibilidad de exportación rápida ha transformado el secano costero en una zona de intensa producción arborícola: a las pasas de Málaga se han añadido las almendras, los higos, sin contar las aceitunas y algarrobas. El comercio de frutas secas ha renovado, desde fines del siglo XV, la zona costera entera. Y por todas partes destaca en el fondo de los montes la blancura de los cortijos: poblamiento diseminado tan diferente del poblamiento agrupado de tiempos más antiguos y que atestigua la toma de posesión de esta zona por el hombre.

Pero la costa andaluza practica más y más cada día lo que es su verdadera vocación: los cultivos tropicales y las hortalizas. ¡No en balde se llama la Costa del Sol! Beneficia de su orientación al Sur, del calor de un sol ya africano, del abrigo que las sierras le dan contra los vientos fríos del interior español, y del agua abundante que las nieves le proporcionan. Así en los suelos aluviales de los deltas se extendieron los cultivos tropicales. En 1494 el viajero alemán MÜNZER conoce la caña de azúcar en Almuñécar y el platanero en Almería. Hoy la caña se cultiva, asociada al maíz, en las vegas de Adra, Motril, Almuñécar, Nerja, Torre del Mar y Málaga. Da bastante para hacer funcionar, no solamente ingenios, sino verdaderas fábricas de azúcar. En algunos sitios los labrie-

gos se han enriquecido hasta el punto de poder tener acceso a la pequeña propiedad; así ha ocurrido en Adra. Atravesar esos campos de caña, con el olor de la tierra húmeda y fresca bajo el sol abrasador, a la sombra de las cañas y de los plataneros, da una impresión de fecundidad ingente, evocación de la vida tropical. Hay que reconocer, sin embargo, que las vegas extensas que permiten el cultivo de la caña (no se puede hacer en pequeña escala) son aisladas y poco numerosas. Al contrario, las hortalizas se extienden por todas partes. Se las encuentra en las vegas (Adra sobre todo, y Almuñécar), con los árboles exóticos: nísperos, chirimoyas y hasta el cafetero. Pero, sobre todo, han ganado los conos de deyecciones y las playas, donde la arena es un suelo ideal. La costa granadina, en La Mamola, La Rábita, El Pozuelo, parece ser el rincón ideal en cuanto al clima que, en un abrigo perfecto, permite hasta cinco cosechas al año. Pero también, gracias al riego de norias y pozos con bombas aéreas o eléctricas, se ha puesto en valor la región de Adra y de los campos de Dalías. La posibilidad de exportación por camiones automóviles había dado antes de la guerra gran impulso al cultivo de esas hortalizas: patatas, guisantes, habichuelas, tomates, pimientos, sandías, etc... La costa andaluza había encontrado la forma de actividad que más le conviene por su clima y por los suelos vírgenes (no tienen más de dos o tres siglos de existencia en la mayoría de las playas), que debe al movimiento de emersión y a la actividad torrencial. Así resulta que si la erosión, llevándose las tierras desnudas de las sierras, ha creado un mal en el secano, al revés ha hecho nacer en la zona costera un potente foco de actividad nueva, que sobrepasa mucho a la actividad marina.

Es tan cierta esta transformación de la costa hacia la vida terrestre que en el siglo XIX los habitantes de Adra habían tomado la costumbre de comprar de antemano los terrenos vírgenes que la progresión del delta hacía salir del mar: eran de una fer-

tilidad proverbial. Pero la progresión del delta fué parada por la desviación del río (para evitar charcas palúdicas) hacia 1870; desde entonces la vega de Adra no ha aumentado. Pero la creencia en su continuo desarrollo ha dado lugar a un proceso famoso: el de los herederos de la familia Llorca, que reclaman como suyos terrenos que habían comprado antes de que salieran del mar y que pretenden representan hoy la mayor parte de la faja costera de la vega. Lo que indica que en Adra casi nadie se preocupa de lo que la pesca puede aportar a la riqueza del pueblo, y que todo el mundo no piensa más que en la riqueza agrícola.

Desde luego, no habría que exagerar, y poniendo las cosas en un extremo, pretender que la costa andaluza ya no es marítima, sino una riquísima zona agrícola. Que sea agrícola sobre todo, es cierto. Pero cierto igualmente que lleva vida marítima. ¡Y cómo olvidar que el mar domina con su magnitud el paisaje y el hombre de esta costa andaluza, cuando de tantos sitios se dominan horizontes marinos de una belleza y de una amplitud enorme: de los cabos, del Sacratif sobre todo, cayendo casi verticalmente, parece que se va volando a gran altura sobre las olas! Pero donde más se aprecia el llamamiento del mar es en este Mirador de la Punta de los Gigantes; al límite provincial de Granada y Málaga, donde siempre el mar es fuerte, donde las calizas presentan acantilados de más de 200 metros, donde la vista se pierde en el Occidente hasta el lejano Málaga y la costa de la Serranía de Ronda, panorama éste uno de los más grandiosos del Mediterráneo y de Europa. Allí el geógrafo que va analizando y escudriñando los detalles del paisaje y de la vida humana para sacar de ellos la verdad de los hechos y la filosofía profunda del país, tiene que detenerse en sus investigaciones, y vuelto a ser nada más que un admirador apasionado de la Naturaleza, ponerse a soñar ante la visión del mar, de las sierras que le hablan de la belleza siempre joven de la tierra.